

Una grieta en el muro de la totalidad: Revueltas, el movimiento estudiantil y la autogestión académica

Jaime Ortega Reyna
UNAM

En la imagen más clásica de José Revueltas se le ve con una larga barba de chivo, al estilo de Ho-Chi-Mihn, el cabello largo, los lentes son grandes y redondos. Una imagen similar de Revueltas aparecerá en el interior de la cárcel más temida de México, el “Palacio Negro” de Lecumberrí, mientras hace la “V” de la victoria con la mano derecha; un semblante similar aparece también sentado en un escritorio con un enorme afiche de Trotsky en la pared; lo hace mirando una tradicional “calavera” de dulce en las fiestas por los muertos realizadas en México; la misma imagen lo acompaña fumando un cigarro. Ese es el Revueltas del que queremos escribir.

Revueltas se forjó como militante del PCM: entre la cárcel de las Islas Mariás, entre viajes a regiones recónditas de un país inmenso y apenas en vías de conectarse; entre poderosas movilizaciones obreras en los años treinta en pleno cardenismo, en la escritura para periódicos de nota roja, en las calles más peligrosas de la ciudad de México, en fin, entre pobres, lumpenes, prostitutas, policías, indígenas; y sin embargo el Revueltas de 1968, el de la barba enorme, el bigote y el cabello largo, el que llama a “saber ser jóvenes” es otro muy distinto. Se acerca de manera clara por primera ocasión a la Universidad. En su biografía no se registra otro acercamiento a ese espacio político sino hasta la época del movimiento estudiantil-popular, en sus escritos y notas sobre conferencias hay algún señalamiento de conferencias en 1967, un año antes. Sin embargo la Universidad Nacional es un gran ausente en su biografía, pero dejará de serlo en un momento relevante de la historia política del país. Revueltas, se sabe, no estudio nunca en la universidad, no fue alumno ni profesor, aún sin embargo pudo percibir el horizonte que se abría con aquel importante movimiento. Al hacerlo, planteo una de las perspectivas más ricas para reformarla o revolucionarla.

La época previa a la insubordinación estudiantil había sido extraña para Revueltas, pues se encontraba alejado de todo aquello en lo que había puesto la vida, la palabra y el cerebro. Excluido tanto del PCM como después de la por él fundada Liga Leninista Espartaco, reconocido oficialmente (esto es, por parte del gobierno en turno) en su calidad de literato con un premio importante, ajeno a la conformación ideológica de una “nueva izquierda” juvenil que ya se había batido por democratizar la universidad unos años antes, habiendo logrado este movimiento abrir un espacio oficial para el marxismo de la mano de Eli de Gortari. En ese momento Revueltas había afinado ya las principales coordenadas teóricas de su pensamiento: sin duda es perceptible el Marx que responde de manera directa a la hegeliana terminología de la enajenación, el Hegel que apuntalaba a éste Marx, la incorporación de otro proscrito del comunismo como Lefebvre, una persistencia crítica leninista llevadas a límites poco conocidos y quizá muy originales, su distanciamiento de la URSS y sus críticas al maoísmo en tanto nueva forma de stalinismo, así

como un coqueteo con el trotskismo. Un caldo de cultivo complejo y poroso que se articularon de manera productiva en el año de 68 y posteriormente también

El Revueltas del que hablaremos se ha escrito y él mismo ha escrito mucho. Ha llevado su vida a límites que la militancia comunista de los años treinta conoce bien, pero ha persistido en su empeño, a pesar de ser excluido y a pesar de cometer errores políticos evidentes, como la alianza con Lombardo Toledano y su adscripción breve al Partido Popular. Aquel terrible lapsus político quedó marcado por su intervención en la mesa de los marxistas mexicanos, evento fundamental de la historia de dicha corriente política, celebrado en el lejano 1947.

Como teórico Revueltas ha comenzado ya la lectura de un marxismo de otro tipo, no el del partido stalinista que persiste hasta los años cincuenta. El propio PCM sufrirá un proceso de reforma que Revueltas ya no verá más que en sus inicios y el cual no comprenderá del todo. El suyo es un marxismo hegeliano traslucido en la enajenación de la propia militancia comunista, expuesta magistralmente en sus novelas, nada complaciente con sus figuras canónica y tampoco con sus compañeros de militancia, a los que ve atrapados en la vorágine de la militancia del día a día. Pero además ha dejado ya dos documentos que son parte fundamental de la historia del marxismo producido en y para México. Por un lado se encuentra el lúcido ensayo *México una democracia bárbara*, que explora las formas tan particulares del desarrollo político del Estado mexicano, al que reconoce como nacido de una rebelión popular que armó a obreros y campesinos y su posterior despliegue, enajenado, en una casta política con rituales impresentables y folclóricos. Desentrañar al Estado mexicano, nacido de una revolución, que ha cooptado a la sociedad y que reproduce formas folklóricas de la política siendo su cenit el presidencialismo. Al tiempo se abre la posibilidad de romper ese cerrado sistema: la insubordinación ferrocarrilera de 1958 es el punto más alto de dicho intento, continuado heroicamente por la resistencia –vencida a sangre y fuego– del jaramillismo, fenómeno campesino ligado al antiguo zapatismo, que echó raíces tan fértiles que se sigue reproduciendo cíclicamente. El movimiento ferrocarrilero es el clímax de la conciencia proletaria movilizadora, que busca escapar de las garras del control corrupto y corporativo que el gobernante PRI ha establecido desde principios de los años cuarenta, en tanto que la derrota del movimiento campesino es el signo de que la “revolución hecha gobierno” no cambiará su rumbo: se ha vuelto reaccionaria. La derrota del movimiento ferrocarrilero, ejemplo de la modernización a la que el México de mitad de siglo está siendo sometido, es el punto de arranque para la historia que Revueltas atravesará la última parte de su vida. No será casualidad que entre las demandas del movimiento estudiantil la liberación de los líderes de aquellas jornadas históricas de insubordinación obrera re-aparezcan: Valentín Campa y Demestrio Vallejo son sus nombres. Por supuesto que Revueltas culpará a los partidos comunistas y obrero campesino de aquella derrota. Es consciente de que aquel episodio trágico tenía un significado histórico: el afianzamiento del control del PRI, la imposibilidad de que la clase obrera fuera un sujeto autónomo, con ideología propia, con práctica política auténtica. La ausencia de esa clase obrera, la debilidad del Partido Comunista, la potencia de un Estado que no dejaba un hueco sin su presencia, ello dará el elemento fundamental para la escritura de una célebre obra: *El ensayo de un proletariado sin cabeza*

Publicado por primera ocasión en 1962 el *Ensayo* buscará dar respuestas a las interrogantes candentes: ¿por qué la clase obrera no aparece en el horizonte socialista? ¿por qué el Partido Comunista es incapaz de penetrar, articular y hegemonizar a la clase obrera? ¿por qué el

Estado mexicano no es lo que dice ser y si una maquinaria autoritaria que subordina a la sociedad al tiempo que dice representarla? El *Ensayo* puede tener varias lecturas. Si se le coloca en un plano con-textual es el resultado de la lucha de Revueltas contra el PCM, en un intento de comprender lo que denomina su “inexistencia histórica”, argucia teórica para señalar que aquel era un falso partido a pesar de su realidad fáctica. Si se le lee de otra forma que podríamos denominar teórica-política, el *Ensayo* responde a un intento lúcido de comprender la génesis del Estado mexicano: sus raíces, sus formas de funcionamiento, su matriz revolucionaria; esta lectura es a la vez una respuesta al presente con un resguardo en el pasado. También hay lecturas filosóficas del *Ensayo*: al final el problema es que ese cuerpo social y político que es el proletariado no tiene cabeza, esto es, no piensa por sí mismo y si no lo hace, tampoco aspira a tener conciencia: se encuentra enajenado, otro cerebro piensa por él. El sujeto consciente, histórico que realiza su finalidad, carece de intencionalidad. En realidad produce y reproduce la intencionalidad de otro sujeto, la burguesía.

Las evaluaciones de la obra de Revueltas también pueden ser múltiples. Indudablemente el *Ensayo* está atravesado por dimensiones políticas, filosóficas, teóricas e históricas. El elemento contextual es innegable y difícilmente se le puede leer al margen, incluso existe cierta ingenuidad en su caracterización de la URSS, propia de un comunista de la época, así como una excesiva preocupación por la posibilidad de una guerra nuclear: la marca de la época por momento satura al conjunto del texto. Pero también hay grandes momentos de lucidez en el *Ensayo* que sin duda podría ser pensado en términos gramscianos justamente al referirse al cerebro colectivo, a la conciencia organizada, al partido como punto de encuentro entre espontaneidad y organización militante. Un documento de época que será superado por el propio Revueltas.

Legado y disputa del movimiento estudiantil

Quizá no haya hecho más significativo en la historia reciente que sea el más estudiado y al tiempo sobre el que pesan varios y graves silencios. La fuerza que desató el 68 cristalizó fuerzas que venían ya operando previamente: aquellos que estaban seguros que dentro de los marcos de la democracia no había más espacio optaron definitivamente por la lucha armada; nuevas fuerzas políticas –como el troskismo– aparecieron con cierta potencia y se afianzaron, de tal manera que en un par de años se presentarían organizadamente; otros fueron por la democratización en el corazón del sistema político: la posibilidad de la democratización sindical sería el tema de los años setenta. Los años previos al 68, sin embargo, son muy relevantes, Barry Carr investigador crucial de la izquierda mexicana ha escrito con certeza que: “A mediados de los años setenta, el grueso de la izquierda socialista consolidó finalmente su declaración de independencia respecto del estado, tan dolorosamente alcanzada: el camino al socialismo ya no pasaba por la Revolución Mexicana”.¹ Romper con el paradigma de la revolución lo anunciaba Revueltas con claridad en su ya mencionado *Ensayo*, lo habían realizado los ferrocarrileros y los jaramillistas, faltaba ser planteado por fuera de los sectores obrero y campesino y los estudiantes vinieron a seguir ese ciclo. Entre el 58 y el 68 no hay 10 años de distancia, hay la fundación de una nueva política que se levanta sobre la derrota anterior, continuidad y ruptura al mismo tiempo.

¹ Barry Carr, *La izquierda mexicana a través del siglo XX*, México, 1996, Era, p.229.

Hay, sin embargo, serios peligros tras casi 40 años de aquel suceso del que se puede hablar mucho, sin decirse nada al respecto. En el marco del 35 aniversario en el año 2003 surgieron con claridad y que podríamos resumir en la emergencia desde el poder político de una interpretación liberal de aquel movimiento, interpretación que por supuesto ha estado ahí desde antes², lo significativo ahora es que era enunciada desde el poder político, desde los medios de comunicación y expresada a través de algunos ex líderes otrora radicales. No sólo el entonces presidente y algunos secretarios de Estado se refirieron a esta forma de interpretar al movimiento estudiantil, sino también algunos de los ex líderes en mayor o menor grado se han plegado a esta visión. ¿En qué consiste? Básicamente en la reducción del movimiento estudiantil a demandas democratizadoras que “liberalizaran” el sistema político autoritario. La denominada “transición democrática” de la que se hablaba hasta la saciedad en el año 2000 en México, vendría a ser una consecuencia de aquel movimiento. Los antiguos líderes sólo hablaban ya de este nivel de la lucha política de aquellos años: todos éramos demócratas y peor aún, todos eran liberales aunque revestidos equívocamente de comunistas o socialistas.

Enterradas quedaban las aspiraciones revolucionarias, aquella que consideraban lo democrático como conquistas importantes siempre en miras de un horizonte más amplio, atrás quedaban las organizaciones revolucionarias, socialistas, comunistas, la crítica de lo existente, el cielo por asalto, la imaginación al poder, consignas todas de otra época; enterradas quedaron las discusiones sobre el carácter del Estado, su articulación con las clases, el corporativismo, la necesidad de una nueva democracia. Todo era reducido a una pobre interpretación en donde lograr elecciones no ganadas por el PRI eran lo más importante.

Hay sin embargo dos interpretaciones relevantes para nuestro propósito dentro de los kilos de tinta escritos sobre el 68 mexicano, que Bruno Bosteels ha recogido en un texto sobre el que volveremos más adelante, en la parte final, pues articula de manera lúcida argumentos en torno al sentido. Armando Bartra y Paco Ignacio Taibo II han escrito dos de los textos más relevantes, por motivos distintos, sobre aquel año crucial.

La de Taibo II justamente pone el dedo en la llaga: la izquierda universitaria existía desde antes del 68, tenía una influencia cultural digna, aunque la numérica quizá no tan importante. Sin embargo Taibo hace algo que es muy importante: no homogeneiza, como lo harán después las interpretaciones liberales, al movimiento. Aquel no concluyó con el 2 de octubre, aquel sufrió los embates del Estado en una ciudad que no era tan grande como ahora, aquella sufrió un proceso de politización variado, se jugó entre grupos militantes y nuevos sectores de izquierda que a la postre serían pro-armada, pro-obrerista, pro-campesinista, pro-reforma universitaria. Nada hay más cerca a lo homogéneo que supone la pobre interpretación liberal de los nuevos mercenarios al servicio de las clases gobernantes “pos-transición”. Allá había disputa, no había consenso absoluto. Había quien quería movilizarse en los marcos de la defensa de la autonomía, había quien quería sacar el conflicto, había quienes exigían diálogo y aquellos que no le veían sentido. El 68 era un crisol de posiciones no reductibles a la postura liberal que luego trataría de arrebatarla.

¿Hacia dónde iba el movimiento estudiantil? El tiempo borra las aristas, elimina las discrepancias, homogeneiza todo. Ahora pareciera que éramos un club de votaciones unánimes,

² Susana García, “Interpretaciones del movimiento estudiantil popular de 1968” en *Cuadernos Políticos*, núm. 24, julio-septiembre de 1980, pp. 71-84.

un todo sin discrepancias. Pero bien saben la sirvienta de Engels y Lin Piao, muerto en un accidente de aviación en su cocina, cómo nos odiábamos. Nada de amores: guerras pequeñas. En el seno del movimiento se discutía ásperamente, a veces mucho más violentamente de lo que era necesario[...]. Un ala derecha encabezada por el rector y que contaba con buena parte del funcionariado universitario, que tenía influencia entre algunos profesores de la UNAM y el IPN y que pretendía mantener el conflicto en términos estudiantiles y defensivos. Cuyos límites y bendita sea por haber ido más allá de lo que originalmente parecía, eran los de la cordura del sistema. Sus argumentos: regreso a la normalidad, respeto a la autonomía, libertad de los presos universitarios. [...] En el CNH y la coalición de profesores se movían dos proposiciones definidas, el centro, representado por la facultad de Ciencias de la UNAM, el ala técnica de las escuelas de la Ciudad Universitaria, la mayoría de las escuelas del IPN y varias de las preparatorias; y el ala izquierda, representada por las escuelas de humanidades de la Ciudad Universitaria, Chapingo, parte de Físico-Matemáticas y Economía del IPN, Arquitectura de la UNAM y las prepas 6 y 8. El punto de choque entre izquierda y centro podía expresarse en cualquier cosa: destino central de las movilizaciones de las brigadas, toma completa o no de Radio UNAM, trayectoria de la marcha, actitud ante los primeros esbozos de negociación por parte del gobierno. Me cuesta mucho trabajo analizar las posiciones rompiendo con los fantasmas sectarios que las adornaron entonces³.

Esta interpretación es una que vale la pena revalorar ante la avalancha mediática a la que se prestaron varios ex dirigentes. Es una interpretación que permite explorar vías, silencios, que abre perspectivas mucho más ricas.

Existe otra interpretación del 68 que vale la pena por varias razones. Es la de Armando Bartra. Joven militante entonces, aunque con una madurez considerable, Bartra escribe un importante opúsculo sobre el mayo francés, auspiciado por sus colegas de la liga espartaquista, sólo algunas décadas después decide escribir sobre México. A contraluz, anudando recuerdos, consecuencias, interpretaciones del presente da su versión del movimiento: se ha roto el paradigma de las clases sociales para la izquierda. No sólo el socialismo no pasaba por la revolución mexicana, sino que además no lo hacía por la clase universal; el proletariado. Sin embargo frente a Taibo la de Bartra es una interpretación más pobre: todo es novedad, todo es ruptura con “la vieja izquierda”, no hay continuidad, el contexto se diluye. La aspiración de ser como los franceses pesa también en el pensamiento.

El movimiento estudiantil había sido eso y más, idas y venires, continuidad y ruptura. La reducción que se hará después de aquel es la crucifixión y sacrificio de la memoria de miles que salieron a las calles a enfrentar al sistema político autoritario. Es el papel que le tocó jugar a los Roberto Escudero, a Gilberto Guevara Niebla⁴. Incluso un inefable Joel Ortega Juárez que un día fue ferviente defensor del derechista Vicente Fox y al otro zapatista, ha dejado de dar su propia “interpretación” de aquellos días como días de fiesta libertaria, aunque por supuesto hace loas de los desastrosos intentos de la administración de Vicente Fox por conocer la “responsabilidad del Estado”. En su relato Joel Ortega pone como ejemplo de cómo derrotar a los radicales de la

³ Paco Ignacio Taibo II, *68*, México, 2011, Planeta, p. 55

⁴ “Sobre el 67: entrevista con Gilberto Guevara Niebla”, en *Sociológica*, año 23, Núm. 68, septiembre-diciembre de 2008, en línea: <http://www.revistasociologica.com.mx/pdf/6808.pdf>

facultad de economía el echarles en cara su adhesión a algunas ideas de Revueltas, como si esto fuera un motivo de vergüenza.

El malabarismo teórico de Escudero⁵ es digno de reseñarse. No sólo hace largas citas de Sartori y Locke, amén de la siempre cómoda distinción de Bobbio sobre el “liberalismo político y el liberalismo económico”, con tal de justificar como aquel era un movimiento que en últimas puede ser leído en clave liberal, sino que además hace dos operaciones ideológicas únicas. Por un lado discute a Krauze –“un liberal de pura cepa”- que no entienda al movimiento estudiantil como él lo hace, esto es, en clave liberal, pro- derechos, en contra del Estado; cómo si Krauze intelectual de la televisora más poderosa, enemigo declarado de la izquierda, tuviera algo relevante que decir sobre el 68. Peor aún, en el intenso debate político tras las elecciones de 2006, Escudero se esfuerza en deslindar a quienes lucharon contra un fraude electoral en aquel año, sean herederos del 68, pues

Nosotros, en 1968, nunca molestamos, nunca provocamos mayores dificultades a los transeúntes durante los meses en los que se extendió la resistencia. Los que recientemente hicieron esto no se puede decir que son herederos del movimiento de hace 40 años; y lo más importante, nunca obedecemos sin chistar a un líder por carismático que fuera, o que así quisiéramos verlo, como lo hacen de algunos años a esta parte con Andrés Manuel López Obrador.⁶

Así las obsesiones de Escudero: debemos leer en clave liberal el movimiento y debemos alejarnos de los fantasmas del populismo que le impiden el tránsito a los ciudadanos de la ciudad, modernos y siempre al pendiente de la libertad, independientemente del capitalismo. Todo ello para quedar bien con un intelectual del *stablishment* televisivo como Krauze. La pobreza de la lectura es visible, no sólo despoja al movimiento de toda su potencia, sino que reduce sus núcleos importantes como insubordinación estudiantil a un cauce democrático-liberal de lo más simplista. En el fondo los jóvenes del 68 le abrieron las puertas a personajes como Fox.

El papel de Revueltas ha sido también llevado en esta corriente liberal hacia una crucifixión. No sólo ha desaparecido su papel, simbólico, su participación no desde afuera del movimiento sino desde lo más profundo, su encarcelamiento, sus proposiciones políticas y teóricas. Ha llegado al extremo que el autor de “Los días y los años” Luis González de Alba⁷ “exdirigente” de aquel movimiento ha escrito un opúsculo penoso donde trata de “des-mitificar” al Revueltas de aquella época, sin darse cuenta que hace un ridículo mayúsculo. Al final, González de Alba es un reproductor ideológico en tanto que Revueltas sigue siendo el gran personajes de las letras y la política, el abismo entre uno y otro es tan inmenso que apenas enunciarlo es una tarea titánica. La ignominia de una generación que capituló hace años a ser parte circundante y periférica del poder, o que en el mejor de los casos prefirió (¿o fue obligada?) quedar en la marginalidad política, se cierne sobre la figura de Revueltas.

El movimiento estudiantil-popular de 1968 ha sido presa de la lectura liberal, donde la democracia electoral es lo más relevante, justo por ello re-leer a Revueltas resulta muy significativo. Sus textos sobre aquel año revelan las discusiones, funcionan como un posible

⁵ <http://www.jornada.unam.mx/2008/10/02/3.html> http://robertoescudero40.blogspot.mx/2009/10/el-liberalismo-del-movimiento_08.html

⁶ <http://robertoescudero40.blogspot.mx/2009/10/el-liberalismo-del-movimiento.html>

⁷ http://www.milenio.com/firmas/luis_gonzalez_de_alba_lacalle/Jose-Revueltas-anos_18_272552774.html

archivo de las temáticas discutidas al interior de ciertos sectores del movimiento y plantean, al tiempo de la propia discusión, alternativas conceptuales que devienen política. En esta ocasión queremos explorar dos que tienen que ver obligadamente con la universidad: la autogestión académica y la democracia cognoscitiva.

Revueltas, la universidad y el acto teórico

Ha sido Bruno Bosteels quien ha señalado con mucha claridad que en Revueltas la rebelión es un acto teórico. Se trata de la rebelión estudiantil que sacudió México en el año 1968. ¿En qué consiste ese acto teórico? ¿cuál es la especificidad-originalidad de dicho acto? ¿qué aporte teórico produce la rebelión?

La rebelión estudiantil re-planteo la forma de organizar el marco teórico y categorial, así como las formas prácticas de ejercer la dimensión política. La idea de dictadura del proletariado, de centralidad obrera, de partido político, centrales en la propia tradición que Revueltas ha venido reivindicando, se rompen o se reconfiguran, al menos tendrán que ser negociadas en su estatuto central con nuevas vertientes de la práctica política que irrumpen y que no tienen manera de ser representadas en la gramática política de la izquierda en lo inmediato. Dichas categorías que acompañan desde medio siglo a la tradición marxista son desgarradas en su articulación fundamental: ese es la principal producción del acto teórico, si sobreviven tendrá que ser articuladas a otros dispositivos conceptuales. Digamos que le movimiento estudiantil y su rebelión pondrán en el centro la crisis del marxismo tradicional o fordista. Dicha crisis tendrá varios intentos de ser des-bloqueada: el Partido Comunista lo hará por la vía de Gramsci y la lucha por la democracia, en tanto que Revueltas optará por formular una categoría distinta. Dicha categoría es la de autogestión.

La autogestión sin embargo no se opone a lo que Revueltas considera lo central de la tradición inaugurada por Lenin, que es la cualidad de ser un acto consciente, objetivo, que se exterioriza y se vuelve práctica política universalizable, controlable y verificable en su efectividad. Ese acto consciente es siempre racional, es lo que se opone por principio a la espontaneidad, que es el reflejo de una falta de conciencia organizada: la autogestión es incorporada en este que es considerado por Revueltas el principal aporte teórico de Lenin. Ese elemento es lo que le permite, a mi parecer, engarzar dos momentos de la propia reflexión en la obra de Revueltas.

El argumento mejor elaborado a propósito de la democracia cognoscitiva, el eslabón necesario para entender el despliegue entre autogestión y tradición leninista, es sin duda el que ha elaborado Jorge Fuentes Morúa. Dicho autor en su *José Revueltas: breve biografía intelectual* ha planteado como unidad lo que de hecho se encuentra disperso en la obra del escritor duranguense: el problema de la conciencia organizada que implica un grado importante de centralización –en una vertiente originariamente leninista- y pero al mismo tiempo la somete a un diálogo con otra vertiente anclada en la autogestión. Hoy el término auto gestión, tal como es expuesto por Revueltas se parece en mucho a la tan mentada “autonomía” que algunos grupos ostentan en oposición a políticas estatales de avanzada o progresista. Sin embargo la diferencia radical entre aquel elemento aportado por Revueltas y el uso contemporáneo consiste en reconocer la necesidad de la organización política, decíamos, anclado fuertemente en una vertiente leninista que Revueltas tematiza como la racionalización de la política. Entendiendo por

leninismo no la ideología fría impuesta como caricatura en los años treinta (de la cual igual hicieron parte Stalin que Trosky, Bujarin que Zinoviev), sino fiel a la práctica de Lenin: imponer una racionalidad al quehacer político, esto es, no ser llevado por el momento ni la inmediatez ni tampoco sucumbir a la pretensiones espontaneistas. La racionalización del acto político pretende de principio asegurar la necesidad de la organización, pero sin reprimir la movilización que proviene desde abajo. Jugar con ambos momentos, dejarlos vivir y racionalizarlos, ordenarlos, darles la posibilidad e su expresión en potencia. Revueltas y la democracia cognoscitiva significan para Morúa, el cruce de ambas perspectivas. Ese cruce resulta sumamente productivo, pues sin renunciar a la autogestión y la autonomía que se puede construir en determinados momentos, tampoco se abandona al irracionalismo ni al espontaneismo, sino que se tributa a la organización amplia, de fines más amplios. Pretende articular de manera productiva, no totalizante, sino con respeto de autonomía dos momentos presentes en la lucha política.

Podemos, sin embargo, ir lentamente en el entramado del acto teórico que ha producido la rebelión estudiantil. Revueltas comienza claramente demarcando que la autogestión académica como propuesta sirve para acumular fuerzas “representaría un golpe rápido, en corto, contra en el enemigo en el terreno de ganar para el movimiento estudiantil una simpatía activa...”⁸. Su propuesta es justamente re-abrir la universidad bajo el proyecto y la práctica de la autogestión y no mantenerla cerrada, marginaliza del conjunto estudiantil, la autogestión no funcionaba exclusivamente con los militantes comprometidos de ante mano. Dicha propuesta le valió descalificaciones ante sectores del movimiento que apostaban a mantener la huelga (toma de instalaciones) hasta el cumplimiento de los puntos del pliego petitorio. Revueltas en cambio observa que la universidad cerrada y en-cerrada en sus propios márgenes, con su puñado de militantes, no alcanza para derrotar al enemigo, mucho menos para construir algo más importante: la caída de las barricadas en la ciudad letrada era un requisito indispensable en su horizonte teórico y político. Se tiene que escalar el conflicto, llevarlo al conjunto de la sociedad por medio del apoyo popular como única vía de acrecentar las fuerzas.

El primer ensayo de definición de la autogestión académica contiene una consigna y una propuesta teórica-técnica. La consigna en la que se resume el proyecto es: “aprender es impugnar e impugnar es transformar” como el eje de re-articulación político e intelectual que se debería de ejercer con la universidad en funcionamiento, en plena discusión y en vías de una nueva reforma universitaria. En tanto que el mecanismo teórico-técnico es el de la democracia cognoscitiva: la universidad es lugar de unidad de la diferencia y ya no más espacio de reflejo de la sociedad de clases; el planteamiento ideológico se articula con la investigación y ambas posibilidades están al alcance de todos y no sólo de los especialistas.

La autogestión significaba en este plano para Revueltas una posibilidad inicial de trasladar el impulso revolucionario de la juventud, todavía minoritaria, a grandes masas de estudiantes y profesores. La protesta política era el arma que aislada de los grandes conglomerados carecía de sentido, la apertura de la universidad era necesaria. Sin embargo los embates que contra Revueltas se lanzaron por aquella propuesta que no gustaba a todos los estudiantes, le permitió re-ajustar: la huelga y ocupación de los centros universitarios debía continuar, pero siempre a riesgo de construir algo más, ese algo más era la autogestión académica como intento organizativo de la

⁸ José Revueltas, *México 68: juventud y revolución*, México, 1978, p. 41.

conciencia revolucionaria que inundaba a los jóvenes de aquella generación. El gran énfasis que pone Revueltas al elemento colectivo de la autogestión es de destacarse, frente a una universidad regida por principios liberales, individuales y solipsistas. Quizá sea por eso que en sus notas personales tituladas “Gris es toda teoría” escribiera: “Hay algo de esto en todos nosotros, en esta lucha, en este caos en que estamos metidos, vivientes y fantasmales a la vez, sin dormir, lúcidos y opacos, cada quien personaje de sus propios sueños y de los sueños de los demás: no sólo se trata de amarnos los unos a los otros, también nos soñamos los unos a los otros; los demás, los otros, son mi sueño, no mi realidad”⁹.

Sigamos abrevando en el contenido de la autogestión con Revueltas. Se parte del principio de que conocer es transformar. Eso supone en primera instancia romper el muro de la ciudad letrada. No en abolir a esta última, sino romper el muro que la separa del resto de la sociedad. El contenido de la enseñanza universitaria al acceso y al alcance de todos: algo se ha logrado ya con el pliego petitorio, pero hay que ir más allá, nos pide el teórico marxista. Ese es el principio metodológico de la autogestión: la educación como espacio de transformación no exclusivo para los estudiantes, sino como forma operante en el conjunto de la sociedad. La pretensión revueltina está anclada en la historia del país que ha soportado la construcción de un Estado corporativo y autoritario que inundó todos los poros de la vida social, congeló a la clase obrera y reprimió el ascenso de la sociedad civil. Es por ello que la autogestión que rompe la muralla de la ciudad letrada apunta siempre a la autogestión social y política, se imbrica con las luchas de otros sectores de la sociedad. La lucha radical es también una lucha por la democracia, no en clave liberal (que mantendría la autonomía de la universidad intacta, esto es, su muralla) sino en clave social y política: la autonomía y la autogestión no sólo para la universidad, sino para la sociedad, para las clases, en la cultura, en la organización. Del principio metodológico se desprende un principio práctico: “abolir la enseñanza excátedra y el libro de texto. El maestro ya no dictará conferencias que el alumno acepte de modo inapelable, ni calificará el aprovechamiento por cuanto a la mitad en que se ciña o se aparte de un texto determinado”¹⁰. ¿Qué no es ese mismo principio el que regula la vida política del país, con su presidente, su cuerpo de ministros y su guardia policial? ¿qué no acaso la figura del supuesto saber contenida en el maestro ha sido trasplantada en el sistema político mexicano en la figura del presidente? ¿no el propio Estado “nacido de la revolución” funge como gran maestro que castiga o premia según la lealtad y el grado de subordinación? Justamente ahí radica la clave radical de la autogestión, primero académica dice Revueltas, luego necesariamente social y política, esto es, articulada a las luchas de la sociedad y a la transformación del poder político en cuanto tal.

Así como el maestro ya no dictará la conferencia de acuerdo a un único libro de texto, tampoco la política será enunciada discursivamente por un presidente y sus consignas (“los logros de la revolución”) hechas y pre-fabricadas, de las cuales obreros, campesinos, trabajadores al servicio del aparato estatal, estudiantes, comerciantes y un largo etcétera tienen que ser fieles, como los alumnos ante la cátedra. Se romperán los principios que articulan la dominación y la opresión, en la universidad pero también fuera de ella.

La autogestión académica, aunque en su enunciación parece un acto radical, en realidad en la exposición hecha por Revueltas y otros junto a él, demuestran algo que era percibido como

⁹ *Ibid*, p. 80.

¹⁰ *Ídem*, p.101.

urgente: la necesidad de que la universidad se reformara, retomando un espíritu que concibiera la transformación concreta de la sociedad, en cualquiera de sus dimensiones, como una prioridad. El texto “¿Qué es la autogestión académica?” que contiene 10 puntos esenciales lo demuestran. Para muestra podemos citar fragmentos relevantes: “Conciencia de lo que es el estudiar y el conocer, no como un ejercicio abstracto y al margen del tiempo y la sociedad que los rodean, sino como algo que se produce dentro de ellos y parte de ellos, en relación y condicionamiento recíprocos”¹¹. Se trata de retomar un espíritu crítico, frente a uno pasivo, que responde a cierta universalidad, que afronte las necesidades del espacio (sociedad) y el tiempo (histórico). Nada más, pero nada menos: convertir a la universidad en el espacio de autocritica de la sociedad. Por eso se puede entender que escriba: “La autogestión, en cambio, cuestiona a la sociedad desde dentro, como parta de ella que es, y que, en tal condición asume la conciencia autocrítica de dicha sociedad” y más adelante “La autogestión se plantea, así, como un conocimiento militante, en todo caso inconforme con los valores establecidos.” Y “La autogestión socializa y politiza al máximo de su capacidad a la educación superior. La socializa en tanto que la compromete con todos los problemas vitales de la sociedad en que vive y la politiza en tanto que tal compromiso obliga de inmediato a la acción pública”.¹²

Hasta aquí aquel breve texto que puntea lo fundamental de la autogestión. Sin embargo Revueltas no cesará de producir con respecto a ello, definiendo de mejor forma algunas ideas. La investigación militante, anclada en el tiempo/espacio concreto y no partiendo de una universalidad abstracta requiere un segundo momento: “Cada comprobación académica de un hecho deberá seguirse de la acción correspondiente: esto es autogestión”.¹³ Para Revueltas el acto teórico que produce la rebelión es justamente todo menos exclusivamente teórico: se trata de sacar las conclusiones prácticas y materiales de la investigación que se realiza en la universidad, es por ello que conocer es transformar.

Justamente en esta dimensión es en donde se adquiere ya una fisonomía. De lo que es trata no es de *marxistizar* la universidad, ni volver obligatorio el marxismo en tanto que currícula, tampoco al pensamiento crítico en su conjunto. Se trata de intervenir en el proceso de formulación de los saberes, cuya premisa no es la teoría, sino una forma práctica y concreta, anclada en los problemas, contradicciones y dilemas de lo social y político. Dichos saberes tienen que ser socializados, pero también democratizados y colocarlas en la racionalidad histórica del despliegue vital de la humanidad, preocupación esta mayúscula ante la amenaza de la guerra del exterminio que se anunciaba de manea reiterada en la época. Por ello el conjunto de saberes que Revueltas apunta no son los filosóficos, ni los teóricos, sino los técnicos: es en la conciencia del uso de la técnica donde se muestra el potencial de la autogestión. Sin la autogestión, esto es, sin conciencia organizada y racionalizada en la enseñanza técnica se corre el más grande peligro de todos: acabar con la propia humanidad. Atravesado por el temor de una guerra nuclear, Revueltas está claro que incluso a las fuerzas nucleares, que requieren un alto nivel de educación técnica, es posible imprimirles una racionalidad a partir de la conciencia organizada: “La autogestión no cuestiona la enseñanza técnica. Lo que la autogestión debate, impugna, cuestiona, es la técnica misma cuando ésta se separa de la racionalidad y se coloca como su contrario no interpenetrable,

¹¹ Ídem, p. 107

¹² Ídem, pp. 107-108.

¹³ Ídem, p. 121.

así el caso de la energía nuclear aplicable al genocidio”.¹⁴ Al igual que con la idea de un acto de racionalización de las fuerzas utópicas y revolucionarias espontáneas, este ánimo cubre la obra de Revueltas: la posibilidad de racionalizar cada ámbito de la vida humana, dotarla de un sentido y dirigirla para los mejores esfuerzos de reproducción de la vida humana.

Las declaraciones que Revueltas escribe a propósito de la autogestión y los volantes que particularmente el Comité de Lucha de Filosofía y Letras abordan dicha temática, son puestos en cierta distancia por el propio autor. Si bien ahí se expresan líneas programáticas claras, como lo es la posibilidad de una re-valoración del espacio universitario como uno de discusión ideológica libre, así como de una investigación engarzada a los grandes problemas nacionales e internacionales, nuestro autor es cauto: “De lo que se trata es de que este proceso sea consciente; que sea asumido por una conciencia colectiva en ejercicio continuo, lúcido, racional, dentro de las aulas y fuera de las aulas, dentro de los centros de educación superior y en la vida del país; dentro de la vida del país y en medio de las inquietudes del mundo”.¹⁵

Efectos del acto teórico: lo social y lo político.

Quiero aprovechar esta última parte para profundizar en un aspecto que me parece central para seguir el argumento de Revueltas. Me referiré a un artículo de Bruno Bosteels que ha dedicado a las diversas formas de asediar el 68. Dentro de ellas Bosteels explora la que tiene que ver específicamente con Revueltas, aunque no únicamente. Aquella se centraría en su radicalidad teórica y política en una nueva configuración entre lo social y lo político. Es este quizá el centro principal del argumento de Bosteels y del que queremos continuar la reflexión. Lo de Revueltas se presenta como la clausura de una escisión que venía siendo articulada en entre los marxistas. Esta escisión sería entre quienes apostarían por “lo social” entendido como un ánimo opuesto al estatal y lo político como una reducción exclusivo hacia lo estatal. Justamente la dimensión revueltiana sería el desplazamiento por medio de la bisagra que le permite la autogestión universitaria.

Veamos con más calma el argumento de Bosteels en relación con Revueltas y el nuevo acto teórico que se estaría proponiendo a partir de la autogestión.

Con Bosteels podemos señalar un par de registros que se estarían abriendo a partir de 1968. El primero de ello tendría que ver con: “Las masas, [...] aparecen en los sesenta como una fuerza política autónoma con respecto a la organización partidaria de las masas en clases” (Bosteels, p. 41). Así pues las clases sociales, modelo típico de análisis y de práctica política verían, en las condiciones mexicanas de control corporativo férreo, su imposibilidad de expresarse en tanto cuales por la vía de un partido político. No es que no se expresen, sino que lo hacen de otras formas que no son ni las partidarias ni las de su estatuto de clase. No es que la clase pierda centralidad, ni fisonomía, sino que está se ve subsumida en la fuerza de la masa (como diría el sociólogo boliviano René Zavaleta). Dicha fuerza de la masa buscaría, ante todo una predisposición por salirse de los mecanismos de poder en los que han sido subordinados: la

¹⁴ Ídem, p. 125.

¹⁵ Ídem, p. 98.

forma partidaria y la forma estatal de este último. El partido no parece ser opción: la clase se presenta como fuerza dentro de la masa, la autonomía sindical y social son las formas de escabullirle al control férreo del Estado. En este sentido el argumento autogestionario gana fuerza al presentarse como una forma de autonomía frente a los mecanismos del poder político. El segundo elemento que señalaríamos con Bosteels es el de la presencia de una crisis en el modelo tradición de auto-percepción comunista:

“...a partir del 68, el teórico de los espartaquistas mexicanos también expresa serias dudas cuya ambigüedad puede atribuirse asimismo a todo el movimiento estudiantil. Son las típicas dudas irresueltas con respecto a la opción entre el centralismo democrático de un partido y la autogestión de un consejo, una asamblea o una brigada; entre la dirección desde fuera y la movilización desde abajo; entre la clara necesidad de organizarse y la inesperada capacidad espontánea de un movimiento emergente”¹⁶

Como puede observarse se trata de una cuestión de suma relevancia para el reordenamiento de tablero conceptual sobre el que se juega la política de la izquierda. La duda sobre la interpretación canónica que se tiene del “leninismo” (que no de Lenin quien siempre fue más flexible ante las coyunturas... no sobra decirlo). En realidad emergen sobre la estructura de la representación tradicional lo aleatorio y contingente de procesos organizativos que buscan alternativas de expresión. El consejo, la asamblea, el mitin y otras formas de organización dialogan con las formas centralizadas; pero buscan que sea el imperativo de la práctica lo que designe la modalidad de la lucha y no un presupuesto teórico. No es el dictum del centro el que modula la lucha, ni su forma, ni su especificidad. Es la propia lucha la que muestra los caminos en el momento de la movilización. Es la autogestión que se manifiesta de formas diferenciadas la que puede poner a jugar lo centralista y lo democrático, lo múltiple y lo unitario, pone a jugar al movimiento y la posición a conquistar. La forma tradicional no entra en crisis, sino que es puesta a jugar en una tensión flexible dictada por la coyuntura.

Esto lleva a Bosteels a señalar una dimensión que ya no tiene que ver con el microcosmos de las organizaciones de izquierdas, en cualquiera de sus variantes: “El área de combate no se limita a la toma del poder ni a la socialización de la economía, sino que abarca el problema general de la toma de decisiones en todos los ámbitos, desde el poder institucional hasta la cultura cotidiana”¹⁷. Es quizá este el gran momento de irrupción de la necesidad de una nueva gramática de la política, que en adelante involucrará no sólo a los movimientos, sino al propio partido comunista y otras organizaciones. Aunque la etiqueta “democracia” quede corta, en realidad es ello lo que se juega en la forma nueva de concebir, decir y practicar lo político. Tanto el poder, como sus vericuetos están atravesados por la disputa por la democracia. Es por ello que la toma o asalto del aparato y la socialización de la economía se quedan como momentos inmediatos y aún muy endeble para transformar la sociedad. Ella se modifica desde abajo, ensayando formas de participación y delegación de las decisiones. La asamblea, el comité, el consejo, son apenas algunas que el movimiento logra realizar en su corta vida. La socialización del conocimiento a través de los mítines relámpagos es otra forma de aspirar a transformaciones más profundas. No se renuncia, salvo por ingenuidad o mala fe, a plantearse los problemas del poder estatal y la

¹⁶ Bruno Bosteels, *El marxismo en América Latina: nuevos caminos al comunismo*, La Paz, 2014, Vicepresidencia del Estado, p. 43.

¹⁷ *Ibid*, p.44.

propiedad en lo que respecta a la economía. Pero estos momentos ya no organizan ni jerarquizan al resto de las instancias de la lucha. La lucha tiene crucial importancia porque socializa y democratiza el conocimiento pero también la decisión. Sin ello tanto luchar por el poder como socializar la economía no serían más que actos infructuosos y que habrían derrochado el potencial utópico.

Este tercer señalamiento nos lleva al último que se desprende de las tensiones en la obra de Revueltas y del acto teórico producido a partir del movimiento de 1968. Dice Bosteels en dos momentos: “el movimiento estudiantil es político porque es social, pero a la vez demuestra cómo lo social define la esencia de la política” y “La política, entonces, involucra lo social no porque parta de una identidad objetiva cuya delimitación correría siempre a cargo de una sociología, sea ésta vieja o nueva, sino porque arranca de la apertura de un vacío, o una brecha, en ese todo imaginario llamado la sociedad”¹⁸ (Bosteels, p. 46). Aquí se juega un segmento significativo de la radicalidad y novedad del acto teórico del movimiento estudiantil y de su cristalización en la obra de Revueltas: si la autogestión tiene una centralidad en el argumento revueltiano, en gran medida es por la disposición que tiene de lo social y de lo político. Bien detectado, aquellos momentos están anudados por las contradicciones propias de una sociedad capitalista que ha construido un Estado de las características del mexicano. Si se lucha por formas de organización más allá del Estado (es decir, de lo concentrado de lo político) también se juega en lo social y cuando se ataca al organismo estatal se fortalece al elemento social que busca auto convocarse, auto organizarse. Se trata del pasaje político más importante en la experiencia comunista y radical mexicana después de la revolución de 1910. Dicho pasaje político busca confrontar tanto las férreas amarras del Estado como adelgazar los controles que en la sociedad dominan. El movimiento estudiantil pone al descubierto ello, siendo continuidad y ruptura a la vez de la protesta de los años cincuenta, al plantearse nuevas formas de lucha y organización que dialoguen con las anteriores, dando apertura a un horizonte que no escinda sociedad y política, que ensanche los marcos de esta última y no limite lo social al momento fetichizado de la política de la identidad.

Las lecciones del movimiento estudiantil y de la escritura revueltiana son perfectamente traducibles a nuestra época. El esfuerzo de producción que facilitó el acto teórico de la revuelta estudiantil tuvo su destino en las luchas posteriores, la de los pueblos indígenas, los sindicatos independientes, las amas de casa, los movimientos urbanos.... Todos aquellos que de una y otra manera buscan producir cultura, producir política, producir subjetividad al margen y más allá del poder político despótico burgués.

Recibido 13/10/2015

Aceptado 12/11/2015

¹⁸ Ídem, p. 46.